

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Desde hoy tened cuidado de este niño. (Pag. 314, col. 1.ª)

SUMARIO.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA, por M. Roger de Beauvoir.

EL POSADERO DE ALDEA, MAESE GANSENDONCK, por E. Conscience.

BIOGRAFIA DEL MARISCAL CANROBERT.

FÓRMULAS : Preparacion de los fuegos de Bengala.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA,

POR M. ROGER DE BEAUVOIR.

I.

— Este enano, me dijo el caballero de la Maison-Fleur, cuya interesante coleccion visitaba ayer, sin agotar los esfuerzos de la charlatanería como *Tom Pouce* ó el *Gigante español*, ha ocupado en la corte un puesto mas distinguido que muchos héroes, y sin embargo podeis juzgar por su estatura y por esta graciosa cuna que la naturaleza no habia hecho de él un hombre grande.

Era el enano *Bebé*, el enano del rey de Polonia Estanislao.

El caballero de la Maison-Fleur me indicaba entonces una preciosa miniatura.

Veíase en aquel óvalo á *Bebé* llevado por una robusta aldeana lorenese, que probabie-

mente habia sido su nodriza; servíale de cuna un zueco.

— En este zueco fué presentado el enano á S. M. Estanislao, continuó el caballero; mi abuelo presenció la ceremonia en 1740 en el castillo de Luneville.

Bebé tenia entonces año y medio.

La señora marquesa de Boufflers se fastidiaba; se le habia muerto el mono, y los ingenios de aquella pequeña corte, que la abrumaban con sus homenajes y madrigales, no lograban divertir á la madre del autor de *Alina*.

En vano el mismo Voltaire habia unido su voz á aquel coro de alabanzas; en vano M. Alliot, comisario general de la casa del príncipe, agotaba las fiestas y los gastos; la señora de Boufflers, la amiga del rey, parecia por la languidez de su sonrisa una hermosa proscrita llorando á París y sus pompas.

Pero casualmente aquel dia, 7 de enero de 1740, al volver la marquesa de Boufflers al castillo de Luneville, despues de una excursion á Nancy y con un frio bastante intenso, encontró la antecámara de su habitacion invadida por una turba de criados, y el asombro ingenuo de aquellos buenos lorenese, no menos que su presencia en aquella parte del palacio, debió naturalmente de sorprenderla.

La compacta multitud rodeaba á una mujer que llevaba en sus brazos un zueco engalanado con cintas, en el cual dormia un diminuto

sér vestido de aldeano, especie de muñeca ó juguete, cuyo tranquilo rostro tenia entonces color de cera, pero que no tardó en abrir dos animados ojos cuando se vió zarandeado al pasar de mano en mano.

El pobre enano exhaló entonces un plañidero gemido, y viendo despues á la señora de Boufflers, se apaciguó de pronto, como si la presencia de la hermosa dama hubiera producido en él el efecto de un cuento de hadas.

La señora de Boufflers era alta, de tez prodigiosamente blanca, de exterior de benevolencia y dignidad, y únicamente se advertia en su carácter cierta inclinacion al epigrama.

La marquesa estaba casada con el capitán de los guardias del rey de Polonia; su familia era ilustre y aun lo era mas su talento.

Un poeta de Luneville comparaba sus ojos á dos granadas inflamadas, comparacion algun tanto ambiciosa; es verdad que el poeta la habia escrito al presentarla un memorial.

Excelente mujer en el fondo, sencilla é indulgente (tal vez porque tambien ella tenia necesidad de no ser juzgada sino por sus amigos), la marquesa no tardó en conquistar grande ascendiente sobre el ánimo de Estanislao que se complacia en acceder á todos sus caprichos.

Al ver el enano sospechó quién era el autor del regalo, y vióselo volverse y lanzar en torno suyo rápidas miradas; pero Estanislao no presenciaba aquella escena porque estaba ocupa-

do en firmar los pliegos que le presentó su intendente el señor de la Galaisière.

— ¡Qué niño mas lindo! exclamó; en verdad que no es mayor que mi *ouistiti*, que me han muerto de tanto darle dulces. Mirad... mirad! se sonrió porque le acarició. Es preciso que al momento se le haga un uniforme de los guardias del príncipe! Deséo que sea mi caballero!

Y la hermosa marquesa empezó á reír examinando de nuevo á *Bebé*.

— ¿Sois vos su madre ó su nodriza? preguntó á la aldeana.

— ¡Ah! ni una cosa ni otra, respondió la lorenesa; le encontramos una mañana delante de nuestra puerta hace año y medio; lloraba y gritaba con tanta amargura que partía el corazón. Mi marido y yo dijimos, señora marquesa, que es preciso ser muy desnaturalizado para abandonar de este modo una pobrecita criatura que ningun mal había hecho á Dios ni á los hombres. Pero hé aquí que de pronto cayó un papel de los pañales en que estaba envuelto; era un billete escrito en lengua extranjera en cuyo sobre se leía el nombre del rey. Mi primera idea fué presentarle á los magistrados de la ciudad.

— No lo hagais, me dijo mi marido; las autoridades de Luneville y el rey el primero van á arrebatarnos tal vez para siempre al pobrecito *Bebé*. Este es el nombre con que le bautizamos, y como era endeble y hasta parecía que iba á morir, le ocultamos en un principio á todas las miradas. Santiago, que es mi marido, señora marquesa, tiene una quinta á tres leguas del castillo, y allí llevamos á *Bebé*. No tardó en robustecerse gracias á nuestros solícitos cuidados, pero un día — ¡ah! no olvidaré jamás aquel día! continuó la aldeana con emoción — un día nos pareció muerto. Estaba acostado en su zueco con los labios inmóviles y las mejillas pálidas, y cuando me acerqué á él no daba señales de vida. Salí como una loca por el campo, corrí y exhalé desesperados gritos; no sabía á donde iba. El médico vivía en la ciudad inmediata, y tomé esta dirección cuando á dos pasos de la quinta encontré un hombre que pareció tomar interés por mi aflicción.

— ¿A dónde vais, buena mujer? me preguntó con acento amable y compasivo; me parece que os persigue un gran pesar: ¿en qué puedo servirlos?

Le miré entonces, su rostro tenía una expresión hondadosa, y le conté la causa de mi dolor.

— El doctor Heinel no podría venir hoy aunque fuerais á buscarle; está en Luneville, en el palacio de Estanislao.

— ¡Caramba con el rey de Polonia! exclamé yo con enojo, está bueno y se nos lleva el médico.

— No digais necedades, me dijo el desconocido; ¿ya sabeis que no está enfermo?

— Yo no le conozco, respondí, pero Santiago le vió dias pasados paseando á pié y reventando de salud. Por último, añadí, ¿sois capaz de reemplazar al doctor? Entrad.

Y hé aquí, señora marquesa, que entra y le enseño á *Bebé*. Al verle lanza una exclamación y palidece, pero no le extraña la diminuta figura del enano.

— En Polonia, dijo, tenemos muchos seres desgraciados como este. Su enfermedad no es mortal; calentad leche, pero quitadle antes esos pañales malditos que le ahogan.

Y en seguida él mismo pone manos á la obra, moja con leche caliente las sienes del niño, le hace tragar algunas gotas, y *Bebé* empieza á respirar.

Observando estábamos el desconocido y yo sus movimientos cuando de pronto tiende el enfermo la manecita hácia su libertador, y veo entonces una condecoración debajo de la casaca del desconocido.

— Mi marido se arrodilla, y yo, sin saber cómo, me encuentro también á los piés de nuestro salvador, que me hace levantar al momento.

— Si, si, exclama, yo soy el rey! Desde hoy tened cuidado de este niño; yo pagaré lo que os pertenece como nodriza.

Le enseñé entonces el billete y se retrató en su rostro la mas violenta sorpresa.

— Hasta luego, mis buenos amigos, hasta luego! Heinel vendrá á veros en mi ausencia, pero guardad sobre todo el secreto. Quiero dar con este niño una agradable sorpresa en Luneville.

Y hé aquí, señora marquesa, porque el rey ha retardado hasta hoy la época de su aguinado; hoy, 7 de enero, os ofrece este enano!

La marquesa volvió el rostro para ocultar una lágrima furtiva de satisfacción y ventura, y Estanislao entró en aquel instante en el aposento llevando de la mano al marquesito de Boufflers con quien jugaba con frecuencia para distraerse.

El marquesito de Boufflers, hijo de la marquesa, no tenía mas que tres años cumplidos, pero su figura era ya linda é interesante. Iba vestido de pastor, con el cabello empolvado y sus lunarcitos. Hasta entonces no le habían regalado mas que un cordero rizado y con ruedecitas, un magnífico cordero de carton blanco; pero juzgad cual sería su regocijo cuando su madre le enseñó el zueco donde dormía *Bebé*! Dejó el cayado y se acercó al zueco con curiosidad infantil, y como llevaba el zurren en la mano, sacó al instante un dulce que hizo sonreír al pobrecito *Bebé*. El rey quiso que le sacasen de la extraña cuna, y todos los circunstancias lanzaron una exclamación de sorpresa al verle en pié, pues era una criatura singular, un enano cuya elegancia y conformación eran perfectas. Dos ojos de un negro vivísimo animaban su fisonomía enfermiza; sus manos eran blancas, su boca de una exquisita finura, y en una palabra, era una preciosa miniatura que causó la admiración de la misma marquesa.

El rey por su parte examinaba al enano con no menos atención, y hasta puede decirse, con una especie de ternura y compasión. Una idea extraña cuyo secreto poseía él únicamente á no dudarlo, dominaba entonces su propia curiosidad; tenía aun en la mano el billete que encontró la aldeana en los pañales de *Bebé* y lo estrujaba convulsivamente entre sus dedos.

Pocos príncipes han tenido una vida mas agitada que Estanislao y pocas testas coronadas han estado expuestas á mas borrascas. Se libró sucesivamente del puñal de los asesinos, del envenenamiento, del ostracismo y de la rabia de sus enemigos; fué á un tiempo monarca y capitán fugitivo, acosado por los rusos y obsequiado despues de siete dias de angustias mortales en Marienwerder, y fué padre de una reina de Francia á quien apenas pudo abrazar antes de su muerte.

Pero lo que granjea á Estanislao con especialidad el aprecio de las naciones es que ningun príncipe hizo mas honor al trono que él que se vió arrojado de sus gradas por la intriga. Dos veces elegido y otras tantas privado de la corona, Estanislao sobre el trono de Lorena dió muestras de ser el mejor y el menos ambicioso de los hombres.

Abandonó el castillo de Kœnisberg en el mes de mayo de 1736; se dirigió en un principio á la corte de Berlín para dar gracias al príncipe que tan generosamente le había dado un asilo, y poco tiempo despues tomó el camino de Francia.

El mas rico florón de la familia real era entonces la encantadora princesa María Leckzinska. Brillantes triunfos alcanzaban á sus ojos las armas francesas, y Carlos VI se veía reducido á acceder en el término de dos años á las condiciones que había de imponerle la corte de Versailles. La vuelta del príncipe al seno de esta familia era fértil en emociones despues de tan borrascosa ausencia, y pasó algunas semanas en el castillo de Moudon, mas preocupado con los planes para el gobierno de sus nuevos Estados, que con los pesares estériles por la pérdida de un reino que no hubieran podido salvar las mas osadas combinaciones.

En 1737 se presentaron sus plenipotenciarios en Lorena para tomar posesion en su nombre, y Estanislao estableció el 3 de abril su corte en el castillo de Luneville.

La ciudad de Nancy consultó á la corte acerca del ceremonial que debía observar en la recepción de su nuevo soberano, que reunía á la cualidad de duque de Lorena el título de rey de Polonia. « Decid á los loreneses, respondió Estanislao, que pueden olvidar el rey de Po-

lonia, y que con tal que me amen como á un padre, me contentaré con ser honrado como duque.»

Sin embargo, á pesar de las virtudes y circunstancias inapreciables del nuevo rey, sus nuevos súbditos, segun dicen sus contemporáneos, vieron en un principio con asombro que al arrebatárles sus soberanos adorados, pasaban á una dominación extranjera. Si los beneficios numerosos de Estanislao desvanecieron este temor, no menos contribuyeron á ello la magnificencia y el brillo de su gobierno. La creación de los establecimientos debidos á su reinado liberal es verdaderamente su mejor panegirico, y así lo atestiguan escrupulosamente su historia. Además de los monumentos, templos, palacios, edificios públicos y cuarteles espaciosos para las tropas, suntuosidades régias que podían envidiar Federico II de Prusia y Luis XV, el rey de Polonia caracterizó pronto la nueva era de su reinado con una multitud de instituciones piadosas y fundaciones caritativas.

Y no obstante Estanislao atendía á estos gastos maravillosos con la pensión anual de dos millones de francos por la cual renunció á las rentas de los dos ducados.

La Lorena se sorprendió al ver ejercer de este modo, segun expresión de un príncipe de la época, *el oficio de soberano*, pues este oficio consistía para Estanislao en hacer felices, y la extensión de las necesidades públicas era la medida de sus tareas.

La distribución y el embellecimiento del castillo de Luneville siguieron á los negocios públicos, y únicamente entonces, segun su mejor historiador, se recreó arreglando los mas insignificantes detalles del palacio.

Estanislao ofreció muy pronto al mundo el espectáculo de una corte brillante en la cual se mostraban á un tiempo el poeta y el militar, el consejero áulico y el polaco encanecido en las fatigas de la guerra, corte amable y enteramente francesa en que el caballero de Solignac conversaba con Voltaire, madama de Sabran con el príncipe de Talmont, y Boufflers, niño aun, con la noble Catalina Opalinski.

La señora de Boufflers presidía aquella corte, como os he dicho, y los personajes mas influyentes eran en primer lugar M. Alliot, oficial de la guardia de corps del rey de Polonia, consejero áulico y comisario general de palacio; M. de la Galaisière, á quien Estanislao había nombrado su canceller guarda-sellos, plaza á la cual estaba anexa la de intendente; M. de Battincour, antiguo oficial agregado al servicio del rey de Polonia por orden de Luis XV, y que estaba en correspondencia con M. Hulin, presidente de Estanislao en Versailles; el caballero de Solignac, secretario de S. M. P., y Thibault, que fué despues procurador general de la corte soberana de Lorena.

Estanislao creó una Academia con el consejo áulico, compuesto de súbditos inteligentes y encargados de la conservación de los reglamentos que el mismo rey había establecido. Pronto fueron miembros de ella los hombres mas eminentes de la sociedad francesa, y Voltaire comparaba la corte del monarca con la de Augusto, aunque se reservaba el sobrenombre poco modesto de Virgilio.

Es verdad que no se encontraba en la corte de Lorena el lujo de grandes y pequeños dignatarios introducidos desde el siglo xviii en la morada de los reyes, pero todos sus subordinados le servían al menos con celo y afecto. Los guardias de corps únicamente se componían de doscientos hombres, pero todos estaban dispuestos á prestar servicio á todas las horas del día, guardaban la mas exacta disciplina, y se distinguían especialmente por el lujo y la belleza de sus caballos.

Además de sus pajes ordinarios, Estanislao tenía á su servicio dos compañías de cadetes nobles. Sumamente aficionado á la música, tenía una academia compuesta de súbditos que sobresalían en este arte.

Los edificios, la montería, los jardines, las caballerizas y los carruajes anunciaban exterior é interiormente la magnificencia de aquella pequeña corte, y merecían también ser citadas sus casas de recreo.

El servicio de la mesa, á cargo del comisario general de palacio, hacia por fin que la

corte de Lorena no cediese en riqueza y en gastos á ninguna otra de Europa, y el mismo Luis XV, la reina y sus hijos se sorprendieron siempre que en ella fueron hospedados.

Estanislao reflexionaba delante del miserable enano que acababan de traerle sobre la inestabilidad de las cosas humanas... Había visto á la Europa dividida en dos teatros sangrientos; pacífico por razon de estado mas bien que por carácter, había sido soldado por necesidad; se había acostado sobre el duro suelo como Carlos XII, y compañero de armas de este príncipe, había participado de sus triunfos. Veinte veces se puso á precio su cabeza que únicamente había salvado por milagro. Se acordaba de haber salido de Dantzick con disfraz de aldeano, y acompañado del general Steinflicht de quien pronto se vió separado, y de haber tenido que viajar en una barquilla, por medio de campos interceptados por juncales é inundados por la lluvia, y que pasar el día en las cabañas oculto en los pajares.

Aquella vida de fugitivo y de proscrito había dejado en el alma de Estanislao una dulce é inalterable compasión hácia todos los infortunios, y el aspecto del pobre enano agitaba profundamente su ánimo.

De pronto Bebé tendió sus manecitas; una música repentina que resonaba en el próximo aposento parecía dilatar entonces todo su ser....

Los sonidos llegaban, ya suaves, ya bruscos hasta su oído, y parecía que descendían del piso superior del palacio, piso que dominaba los aposentos de la señora de Boufflers. Insensiblemente reinó profundo silencio en el cuarto donde estaba Bebé, y todos pudieron oír una canción eslava común á los aldeanos de Polonia. La voz del cantor era joven y firme; cada nota tenía un timbre profundo pero particular, y la melodía de la canción conservaba un sello melancólico.

—El señor de Arveines! exclamaron á un tiempo el rey y la marquesa de Boufflers; cuando canta es señal de que hoy está mejor.

El señor de Arveines no tardó en recibir por un paje la orden de presentarse al rey Estanislao que le apreciaba con predilección.

Dos meses hacía que el señor de Arveines estaba sirviendo al rey de Lorena; cuando se presentó era tal su palidez que el rey hizo que tomase asiento, á pesar de la etiqueta y del ceremonial que le obligaban á permanecer en pié durante la audiencia. El señor de Arveines era lo que se llama un buen mozo, y aunque su exterior algo femenino y endeble inclinara á creerle incapaz de manejar la espada ó levantar el menor peso, había momentos en que sus músculos adquirían la fuerza del acero, y la exaltación le convertía en un hombre diferente. Solo contaba veinte años, pero había hecho ya varios viajes, especialmente el de Rusia. El baron de Arveines su padre colocó desde muy joven á su hijo bajo la protección del señor Machaut, y el joven Leopoldo de Arveines demostró que no era indigno de tan ilustre tutela. Poseedor de un apellido esclarecido, pero poco favorecido por la fortuna, entró de cadete noble de S. M. polaca con asombro de los que le conocían, porque la reina de Francia y las princesas Enriqueta y Adelaida le amaban mucho y no le hubieran faltado apoyo ni protectores en la corte de Francia.

Leopoldo inspiró desde entonces á Estanislao una verdadera simpatía. Causaban al rey de Lorena suma inquietud la palidez y tristeza de su nuevo cadete, pues había días en que el señor de Arveines no probaba bocado, á pesar de las instancias de S. M. y de la marquesa de Boufflers. Veíase retratado en su rostro un profundo abatimiento, su genio era sombrío, y se entregaba á veces á caprichos y meditaciones que le hacían faltar á sus deberes.

La señora de Boufflers le encontró un día sentado al pié de un árbol en el parque de Luneville, mirando con los ojos bañados en lágrimas una cinta de color de escarlata, que escondió precipitadamente en su pecho cuando vió á la marquesa.

—Pobre joven! sin duda está enamorado, dijo la señora de Boufflers al rey. Cuando mi

hijo tenga su edad, Dios sabe cómo llegaremos á gobernarle.

Desde que el señor de Arveines estaba al servicio de S. M. polaca su padre solo había ido una vez á Luneville, y la entrevista entre el baron y su hijo se verificó delante de Estanislao.

El baron quería casar á Leopoldo con una rica heredera, pero el joven opuso la mas tenaz resistencia á las instancias de su padre. En vano le abrumaron á preguntas y emplearon la amenaza, todo fué inútil, hasta los consejos y reprensiones del rey que le amaba como un hijo, pues recordaba que Leopoldo merecía el cariño mas acendrado de la reina de Francia, Maria Leckzinska, de quien había sido dama de honor la señora de Arveines.

Leopoldo había perdido á su madre hacia seis meses, y este contratiempo contribuyó para que se aumentase la amarga tristeza que le devoraba. En ciertas ocasiones parecía luchar á brazo partido con algun recuerdo doloroso, si se había de juzgar por lo extraño de sus miradas, su profunda palidez y el inexplicable desorden de sus facciones. Leopoldo solo respondía entonces con monosílabos, y como si le venciese la confusión de su estado, corría despues á encerrarse en su cuarto donde la señora de Boufflers había mandado colocar un clave, sin duda por compasión.

El clave era su íntimo amigo; Leopoldo le confiaba sentimientos é ideas que solo hubieran sido notas para cualquier otro oyente, y cantaba especialmente en sus accesos de melancolía una canción eslava que Estanislao sabía y que Leopoldo no podía repetir sino vertiendo lágrimas. Era la que cantaban al partir los postillones de Polonia, y que quizás cantan aun. Copiaré las siguientes estrofas:

«Hermosa era Irma como la aurora y fresca como el rocío; no adornaban sus hechizos los diamantes, pero sus ojos valían mas que la Hungría. Vióla un príncipe, la amó y la pidió por esposa. Hurrá! hurrá!

«Vengan caballos enjaezados con gualdrapas bordadas de oro, y vuelen en la rica carroza los novios á jurarse amor eterno. El sacerdote le dió la bendición y el príncipe se llevó á Irma! lejos, muy lejos! Mas ¡ay! la carroza volcó delante de Eberdorf... ¿Por qué abandonaban el país? ¿por qué cruzaban el Danubio? Irma pereció en sus aguas. Hurrá! hurrá!»

El fin de esta canción en forma de balada hacía verter copioso llanto á Leopoldo de Arveines... Repugnábale hablar de Viena, aunque había vivido mucho tiempo en esta populosa y rica ciudad y aunque tenía en su habitación una vista de la iglesia de San Esteban y un cuadro que representaba el paseo del Prater.

Cuando el paje entró en el modesto aposento que ocupaba el joven, vaciló antes de comunicarle el mandato de Estanislao, viéndole sumido en una especie de contemplación vaga y misteriosa. Los dedos del señor de Arveines estaban apoyados en las teclas del clave, y sin embargo no se oía ningún sonido, ni su voz repetía la canción. Retratábase en su hermoso rostro un dolor profundo, sus mejillas estaban pálidas y su frente tristemente inclinada. Veíase extendida sobre el instrumento una cinta,—tal vez la misma que había visto la señora de Boufflers.

El paje tosó, y Leopoldo volvió el rostro, preguntando con voz conmovida:

—¿Qué quijeres, Uladimiro?

—Su Majestad me envía, señor baron, á saber por vuestra salud, pues no habeis comido hace tres días en la mesa de los cadetes, y el intendente de palacio asegura que desde ayer no habeis salido de vuestro cuarto...

—Estoy mejor... mucho mejor, respondió Leopoldo con aire distraído; dame el uniforme... Supongo que el rey me envía á llamar...

—Me envía para suplicaros que bajeis á la habitación de la señora de Boufflers. ¿Qué precioso enano acaba de regalar S. M. á la señora marquesa!

—¿Un enano! ¿Qué dices?

—Vestíos luego y bajad á verle; no se habla de otra cosa en el castillo.

Leopoldo guardó bajo llave en un cofrecillo la cinta que había encima del clave y se puso apresuradamente el uniforme, que era de paño amarillo con alamares de plata. Su garboso talle daba realce á un traje que nada tenía de gracioso.

—¿Cuándo os veré, señor baron, de guardia de caballería de S. M. á las órdenes del marqués de Lambertye? dijo el paje frotando con su manga el sombrero con escarapela blanca del cadete. ¿Qué atolondrado soy! añadió despues bajando los ojos como si hubiera incurrido en alguna torpeza involuntaria, olvidaba que tenéis una herida en la pierna y que apenas podeis sosteneros.

Cuando Leopoldo se levantaba, esta leve dolencia era en efecto sensible... El señor de Arveines, obligado con frecuencia á explicarse delante de sus compañeros, la atribuía siempre á una caída, pero los cadetes de S. M. polaca se empeñaban á toda costa en que fuese resultado de un desafío.

Leopoldo se inclinó al entrar en el aposento donde le esperaba S. M. y besó tímida y respetuosamente la mano que le tendió Estanislao. Al ver el enano reprimió un extraño movimiento de repugnancia. Durante su vida triste y aislada, cuyo secreto él únicamente poseía, Leopoldo había sentido siempre en su corazón un atractivo hácia la miseria, y excitaba su imaginación todo lo que padecía ó estaba predestinado á padecer. Al comparar en silencio el gracioso hijo de la marquesa de Boufflers con aquel enano endeble y pálido, Leopoldo debía haber mirado al fin con interés á Bebé; pero por el contrario, el joven volvió el rostro como si viera un objeto horrible y repugnante.

—Estáis conmovido, le dijo la señora de Boufflers, que no adivinó la causa de su repugnancia. Tranquilizaos; Bebé será tan bien cuidado como mi hijo. Un súbdito del príncipe tiene derecho á nuestra bondad y Bebé ha nacido en Lorena... Pero hablemos de vos, señor de Arveines: ¿seguís tan triste como siempre? Quisiera traer aquí todas las diversiones de Versailles, que seguramente echais de menos; quisiera... pero las damas lorenas no pueden compararse con las francesas ó con las que habeis admirado en vuestro último viaje á Rusia... Sin embargo, pocos días ha tuvimos un baile, y no os dignasteis tomar parte en la general alegría. Hacedis muy mal, amigo mio, y tentaciones me dan de escribir á vuestro padre en el primer correo.

—Ya sabeis, señora marquesa, que incurro en frecuentes torpezas, respondió Leopoldo con embarazo. ¿No recordais que pocos días ha espanté vuestro caballo saliendo repentinamente del bosquecillo?

—Estabais pensando sin duda en alguna dama de Varsovia ó de Petersburgo, añadió en voz baja la marquesa gozándose en la turbación del señor de Arveines. Era tan misterioso el resplandor de la luna, que hubiera podido creer que erais un fantasma.

—Un aparecido como Leopoldo, añadió Estanislao, es poco temible, marquesa. Ya sabeis que mi cariño le distingue entre todos mis cadetes... Mi hija amaba tanto á su madre! exclamó el príncipe vertiendo una lágrima. Por mi parte solo debo reprenderle porque no cuida de su salud. Su comandante, el baron de Schack, me ha suplicado que le dispensara del servicio durante ocho días. Me parece que no os opondreis, marquesa, pues por otra parte le necesito para que durante esta semana sea mi secretario privado. El señor de Alliot está ausente...

Leopoldo dió las gracias al príncipe advirtiéndole con asombro la turbación secreta que al parecer le agitaba, pues hacia algunos segundos que la fisonomía de Estanislao ocultaba una profunda inquietud.

Cuando quedaron solos, el rey hizo señal á Leopoldo para que le siguiera á su gabinete. La marquesa de Boufflers dirigió al salir al señor de Arveines una de esas miradas significativas con las cuales una mujer parece que pide á medias una conferencia, con la confianza de alcanzarla despues completa. También advirtió la ansiedad del rey.

Leopoldo siguió al príncipe maquinalmente y no tardó en hallarse junto á una mesa

llena de libros y papeles. Víanse confusamente esparcidos sobre ella diferentes despachos del rey que solo esperaban su firma, y un brillante fuego chispeaba en la ancha chimenea sobre la cual se ostentaban los escudos de Lituania y de Lorena. Una biblioteca de madera de encina formaba el fondo del aposento, adornado con varios retratos. Uno de estos cuadros estaba cubierto con un velo negro.

El señor de Arceines se hallaba por vez primera en aquel gabinete donde no entraban nunca mas que los altos dignatarios de S. M. polaca. El cadete dirigió desde luego su mirada al magnífico cuadro que representaba la hija del monarca, Maria Leckzinska, y estaba colocado en frente del de Luis XV. Los mapas inundaban las mesas y el suelo, porque el rey de Polonia, que escribía entonces sus campañas, era propenso á estudiar sobre el pavimento.

El ayuda de cámara preguntó á S. M. si tenía que darle algun mandato, pero Estanislao le despidió con un ademán. Reinaba un silencio profundo, interrumpido tan solo por el rumor del viento que silbaba en los corredores y el plañidero sonido que formaban los pinos arrojando su blanco manto de nieve. Estanislao permaneció en un principio inmóvil, con los ojos fijos en la carta que le habia entregado la aldeana, y descubriendo el velo que cubria el retrato de que hemos hablado antes, dijo al cadete con voz conmovida y casi trémula:

—¿Conoceis, Leopoldo, á la persona que representa este retrato?

II.

El retrato cuyo velo acababa de descubrir representaba una mujer de unos veinte años, en cuyas bellas facciones brillaban á la par el esplendor de una ilustre cuna y el encanto de la juventud. Sus negras cejas, su blanca tez, la dignidad de su mirada y especialmente su estatura y sus manos delicadas revelaban á primera vista su aristocrático origen, y la vaga meditación que se traslucía en su hermoso rostro le daba una finísima expresion. Rubia como el sol de Polonia y triste como sus llanuras, aquella jóven parecia destinada á ceñir una corona á juzgar tan solo por la nobleza de sus facciones, y á la verdad que se la hubiera creído hermana de la misma reina de Francia, y que no hubiese deshonrado la generosa estirpe de los Leckzinski. Sin embargo, las borrascas del mundo habian tronchado ya el tallo de tan preciosa flor, de modo que se advertía en la languidez de su ademán un no sé qué que entristecía el corazón. Los pintores penetran con frecuencia los secretos del alma, y el que habia delineado

aquel retrato habia comprendido instintivamente la tristeza de su modelo. Sorprendió en sus ojos una súplica muda y tierna, pues era probable que aquella mujer debia haber sufrido, sin atreverse á quejarse, la tiranía de un esposo cruel. Cubria su cuerpo el manto que llevan las damas rusas, y que era de terciopelo de color de amaranto, con orlas negras; sus labios estaban pálidos como la rosa que llevaba en la mano, y sus pequeños piés estaban apoyados con tanta gracia en el lustroso pavimento, que parecia dispuesta á lanzarse en brazos de un amante á las delicias del baile.

Cuando Estanislao descorrió el velo, Leopoldo exhaló una exclamacion espontánea.

(Se continuará.)



EL MARISCAL CANROBERT.

EL POSADERO DE ALDEA,

MAESE GANSENDONCK.

POR E. CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Karel se echó á reir encogiendo los hombros y se puso á mirar atrevidamente á Victor. Este último parecia haber perdido toda su elocuencia, y no se mostraba dispuesto á seguir, en presencia de Karel, su plática galante con Lisa.

Hubo un instante de silencio forzado. Maese

Pedro notó con una especie de desesperacion que el señor Van Bruinkasteel empézaba á fastidiarse; echando entonces una mirada de reprension á Karel:

— Señor Victor, dijo, no os cuideis de él, es nuestro cervecero y amigo de la casa; nada tiene que hacer aquí, aunque se figure representar el primer papel. Continúad, señor Van Bruinkasteel; creo que mi hija debe ser mas amable con vos y sonreiros cuando le dirigis la palabra. Si el cervecero quiere poner mala cara que se vaya fuera.

Alentado por estas palabras y queriendo quizá humillar al jóven cervecero, Victor se inclinó hácia Lisa, y mientras hablaba, le lanzó una de esas miradas que solo se permiten en la alta sociedad al lado de una mujer

de cuya reputacion no se tiene formada buena idea.

Karel palideció, se estremeció, sus dientes se cerraron convulsivamente; pero al instante reprimió estas señales de sufrimiento y cólera. Sin embargo todos lo notaron. Victor quedó conmovido, no porque tuviese temor alguno, sino porque la impresion recibida no le habia dejado ganas de reir y chancearse. Este incidente acreció la irritacion de maese Pedro que pateaba murmurando sordamente. Creyendo Lisa que solo las palabras habian herido el amor propio del jóven, estaba con los ojos bajos y parecia dispuesta á llorar.

Karel estaba sentado inmóvil en su silla, todavia un poco pálido y trémulo, pero con la fisonomia serena.

De súbito Victor se levantó, tomó su escopeta, y dijo á sus compañeros:

—Vamos á dar todavia una vuelta á ver si se nos presenta alguna caza. La señorita Lisa me dispensará, si sin querer he dicho alguna cosa que no le fuese agradable.

—¿Qué es esto? ¿qué es esto? exclamó maese Pedro, todo lo que habeis dicho ha sido perfecto y acabado. Espero que no será la última vez que mi hija os oiga y vea.

—La señorita Lisa piensa de otro modo, á pesar de que mi intencion haya sido darle pruebas de respeto y amistad.

Viendo que su hija no respondia, maese Pedro se encolerizó contra ella.

—Hola, ¿qué significa este proceder tonto de labriega? Lisa, Lisa, ¿qué significa quedarse así como una bendita? Responde y pronto.

Lisa se levantó y dijo en flamenco con tono frio y cortés:

—Señor Van Bruinkasteel, no tomeis á mal que os manifieste que solo vuestras palabras me han dejado cortada. Todo lo que habeis tenido la bondad de decirme me ha sido muy agradable, y si nos haceis el honor de venir á casa, cada vez sereis bien recibido.

—Esto es! esto es! exclamó maese Pedro

frotándose las manos. ¡Ah! señor Van Bruinkasteel, mi hija es una perla! Vos no la conocéis bien todavía. Sabe cantar como un ruiseñor. ¿Queréis sentaros otro poco? ¿Iré á buscar otra botella?

—No, debemos irnos; de otro modo se nos pasaria el dia entero. Gracias por vuestro amigable recibimiento.

—Voy á acompañaros un trecho del camino, si estos señores me lo permiten, dijo maese Pedro; tengo allí abajo, cerca del camino, un bosquecillo que he de ver; el ojo del amo engorda el caballo, dice el adagio.

Los jóvenes declararon todos que la compañía de maese Gansendonck les seria muy agradable, y salieron juntos del meson haciéndose mutuamente mil cumplimientos. El criado siguió á su amo.

Desde el instante en que Karel y Lisa quedaron solos, esta última le dijo con voz dulce:

—Karel, no debéis entristeceros porque mi padre os haya hablado con un poco de aspereza; ya sabéis que no piensa del mismo modo que habla...

El joven sacudió la cabeza y respondió:

—No es esto lo que me dá pena.

—¿Qué es pues? preguntó la jóven con sorpresa.

—Difícilmente os lo puedo explicar, Lisa. Vuestra alma sencilla y pura no me comprendería. Pasemos mas bien por alto este punto.

—Nó, quiero saberlo.

—Pues bien, no me gusta que los jóvenes atolondrados de la ciudad vengan á hacer ostentacion de sus necios cumplimientos. Se deslizan tan fácilmente cosas inconvenientes! y en todo caso, estas galantes maneras francas y estas obsequiosas miradas me prueban que no se acercan á vos con el respeto que se merece una mujer.

Una especie de impaciencia mezclada de tristeza se pintó en la fisonomía de la jóven.

—Karel, sois injusto, contestó con acento de reprension; estos señores no me han dicho nada que estuviera fuera de su lugar; al contrario escuchándolos aprendo cómo debo presentarme y hablar para no ser tenida por una aldeana.

Karel bajó la cabeza y un doloroso suspiro se escapó de su pecho.



DESFILE DE LOS ZIAYOS DELANTE DEL EMPERADOR.

—Sí, ya lo sé, prosiguió Lisa, detestais las personas y maneras de las ciudades, pero aunque penseis así, me es imposible mostrarme impolítica. Hacedis mal, Karel, en quererme forzar á aborrecer personas que merecen mas estimacion que otras.

La jóven habia pronunciado estas palabras con cierto mal humor. Karel, sentado frente de ella y siempre silencioso, la miró fijamente y con extraña expresion. Lisa sintió que le habia herido dolorosamente, á pesar de que no podia comprender cómo sus palabras le causaban tan profunda tristeza; así es que tomó la mano de su amigo, la estrechó suavemente y repuso:

—Pero, Karel, yo no os entiendo! ¿Qué queréis que haga? Si estuviérais en mi lugar, ¿cómo os portaríais cuando señores forasteros os dirigiesen la palabra?

—Cada uno en esto siente á su manera, Lisa, respondió el jóven; yo mismo no sé qué aconsejaros, pero por ejemplo, cuando fuesen unos cortesanos como esos, les responderia con política, mas sin sufrir que viniesen á sentarse formando círculo á mi alrededor y me llenaran los oídos de vanas palabras.

—Pero si mi padre me obliga! exclamó Lisa conmovida.

—Se encuentran cien razones para levantarse cuando no se quiere estar sentada.

—Así, según vos, he obrado mal! dijo sollozando la jóven, y al mismo tiempo brotaron las lágrimas de sus ojos. No me he portado bien!

Karel acercó su silla á la de Lisa y repuso con acento suplicante:

—Lisa, perdonadme! Debeis ser un poco indulgente conmigo; no tengo yo la culpa de amaros tanto. El corazon manda en mí; no puedo disimularlo. Sois bella y pura como un lirio; tiemblo á la sola idea que una palabra equivocada, un soplo impuro pueda manchar vuestro honor; os amo con un respeto, una veneracion llena de ansiedad; ¿es pues sorprendente que las ávidas miradas de esos jóvenes pisaverdes me hagan estremecer? ¡Oh Lisa! ¿creeis que este sentimiento es reprehensible? Quizá es así en efecto; pero, amiga mia, si pudieseis conocer la pena que desgarrá mi corazon, el pesar que esto me causa, tendríais piedad del exceso de mi amor; me perdonaríais mi mal humor y me consolariáis en mi tristeza.

Estas palabras dichas con acento sosegado y tierno, conmovieron profundamente á la jóven, la cual respondió con dulzura, bañada en lágrimas:

—¡Ah! Karel, no sé cuáles son vuestras ideas, pero cualesquiera que sean, supuesto que lo que ha ocurrido os dá pena, no volverá á suceder. Si en adelante vuelven estos señores, me levantaré é iré á otro aposento.

—No, no, Lisa; no es esto lo que yo deseo, dijo Karel medio avergonzado del resultado de sus observaciones. Sed cortés y afable con todos como es regular, aun con los señores que estaban aquí hace poco. No me comprendéis, querida amiga; haced como antes, pero acordaos que ciertas cosas me alligen; no olvideis, en estos casos, que vuestro padre se engaña muchas veces, y tomad el sentimiento de vuestra propia dignidad como medida de lo que debeis hacer. Sé que vuestro corazon es puro, Lisa; poco me importa quien viene al meson de *San Sebastian*; pero quiero que se os respete: el menor olvido, la sombra sola de falta de consideracion hácia vos me traspasa cruelmente el corazon!

—Pero, Karel, habéis oido que el señor Adolfo y sus amigos deben volver con frecuencia; será preciso que les hable y les responda, si he de quedar en su presencia. ¿Os afligiréis cada vez que esto suceda?

Karel se sonrojó; en su interior se reprochaba las observaciones que se habia permitido y admiraba la cándida bondad de su amada. Le tomó la mano y dijo con dulce sonrisa:

—Lisa, soy un insensato. ¿Queréis darme un gusto?

—Sin duda, Karel.

—Sí, pero con seriedad y toda franqueza. Olvidad este capricho mio. Ciertamente me causaría pena ahora veros mudar vuestra ma-

nera de proceder en la sociedad. Además, ¿por qué pedirlo, cuando vuestro padre manda y os obliga á obrar según su voluntad?

—Enhorabuena, Karel, ahora sois razonable, dijo la jóven; no puedo menos de ser cortés, ¿no es verdad? Mi padre manda. Por otra parte, vos tampoco tenéis razon; el señor Van Bruinkasteel me ha estado hablando largo rato, pero todo lo que me ha dicho ha sido muy conforme y me complazco en recordar que lo he oido con gusto.

Karel sintió una nueva opresion pesar sobre su pecho, pero reprimió este sentimiento renaciente y repuso con acento suplicante:

—Olvidemos lo que ha pasado, amiga mia. Tengo una buena nueva que comunicaros. Mi madre ha dado por fin su consentimiento; vamos á agrandar mucho nuestra casa; desde el lunes empezarán los operarios á abrir los cimientos. Habrá una bella habitacion para vos, con chimenea de mármol y hermoso tapizado. Tendremos una morada con entrada particular y una cochera donde habrá un cabriolé para vos. Así, mi querida Lisa, ni tendréis que cruzar la cerveteria ni sentaros en el hogar comun; pasareis una vida tranquila y feliz, y tendréis todo lo que vuestro corazon pueda desear. ¿No os alegráis, amiga mia?

—Sois muy bueno, Karel, respondió la jóven, os doy las gracias por tanto afecto y amistad; pero creo que mi padre os hablará de otra cosa mejor, que ciertamente os gustará mas. Mi padre quisiera mas bien que alquilásemos el pequeño pabellon inhabitado de detrás del castillo. Me parece que esta idea no es tan mala. De este modo no nos hallariamos en medio de los labriegos, y poco á poco podríamos trabar conocimiento y rozarnos con personas de alta posicion social.

—Pero, Lisa, dijo el jóven interrumpiéndola con impaciencia, ¿cómo es posible que penseis en estas cosas? ¿No conoceis que adoptando este modo de vivir me veria obligado á separarme de mi madre? La pobre es viuda y no tiene en el mundo quien la proteja sino yo! Y aun prescindiendo de esta circunstancia, tampoco me conviene lo que me proponéis; yo he trabajado desde mi niñez, debo continuar trabajando aunque no sea mas que para mi propia satisfaccion, por mi salud, y para asegurar el bienestar de mi madre... por vos misma, Lisa, para embellecer vuestra vida con todos los placeres, y para tener la conviccion de que el fruto de mi trabajo contribuye á vuestra felicidad.

—¡Oh! esto no es necesario, dijo Lisa suspirando, nuestros padres poseen bastante dinero y propiedades.

—Y despues, Lisa, reflexionad que nosotros somos los primeros en nuestra clase. Vuestro padre es uno de los principales propietarios de este distrito municipal, nuestra cerveteria no va en zaga á ninguna otra. ¿Consentiría yo en ser rico, para colocarme en la necesidad de mendigar la amistad de personas orgullosas, y hacerme detestar por mis antiguos compañeros, como un hombre que por vanidad quiere representar el papel de señor? No, Lisa, esto podría lisonjear el amor propio de ciertas personas, pero á mí me humillaría y causaría mi ruina. Vale mas ser querido y estimado de los aldeanos que mal mirado y detestado de los señores!

Lisa iba á responder á la peroracion apasionada de Karel, pero el criado abrió la puerta y acercándose precipitadamente al jóven le dijo muy de prisa:

—Karel, ¿quisierais estar disputando una hora ó dos con maese Pedro? ¿No? pues idos pronto, porque está furioso contra vos. Debeis haberle herido muy al vivo. Marchaos aprisa, sino la casa se viene abajo.

—¡Ah! Karel, dijo Lisa suspirando y estrechándole la mano, idos hasta que la cólera de mi padre se haya disipado. A la tarde ya no se acordará mas de ello.

El jóven cervetero sacudió la cabeza, saludó á su novia con mirada triste, y se apresuró á salvar la puerta trasera del meson.

El criado le siguió y le dijo mientras se iba: —No temais nada, Karel; mi ojo estará en acecho y os avisará cuando el carro se salga demasiado del carril. Hay alguna cosa que no marcha bien en nuestro amo; pero descansad

en mí, la humorada pasará. El gallo dá vueltas tambien como un loco en la punta del campanario, y sin embargo muchas veces anuncia el buen tiempo.

V.

Castidad, gloria de las mujeres, bella, pero frágil flor.

Habian trascurrido dos meses.

Una mañana, muy de madrugada, se hallaban reunidos en la herreria tres ó cuatro jóvenes aldeanos, hablando de varias cosas. Francisco tenia con una mano un hierro en el fuego, y tiraba con la otra del fuelle, silbando las notas lánguidas de una cancioncita.

—¡Voto á! ¿quién no sabe la nueva? exclamó uno de los jóvenes. Lisa Gansendonck se casa con un baron!

—¡Ah! ¡ah! dijo el herrero riendo, ¡el año que viene la Pascua cae en viernes! Idos, idos á vender vuestras noticias á otra plaza!

—Sí, sí, se casa con ese jóven señor que hace seis ó siete dias no sale del meson de *San Sebastian*.

—Si esto dá buen resultado, los bueyes parirán, exclamó Francisco.

—¿No lo creéis? El *fanfarron* mismo lo ha dicho al notario.

—Ahora lo creo menos.

—¿Sabeis lo que yo pienso? Maese Gansendonck se ocupa en batir cerveza bien amarga para él. Se murmuran muchas cosas relativas á la señorita Lisa; la gente habla de ella como los judíos del tocino.

—El *fanfarron* recibirá su merecido, y esta coqueta emperifollada á la moda tambien. El que juega con el gato sale arañado, dice el adagio.

—¡Y el mentecato de Karel se apesadumbra por esto! Yo la dejaria ir bonitamente con su baron.

—Hé ahí á Karel que viene! dijo uno de los jóvenes que se hallaban cerca de la puerta. Aun á esta distancia se conoce que está triste; camina con la barba en el pecho, como si buscara alfileres; se diria que trae en el hombro el azadon que ha de abrir su sepultura.

Todos sacaron la cabeza á fuera, y vieron á Karel que seguia lentamente su camino, los ojos bajos, pensativo y distraido.

Francisco echó violentamente su martillo contra el yunque, como si de súbito se hubiese apoderado de él la cólera.

—¿Qué tienes? preguntaron los otros.

—Cuando veo á Karel, me hierve la sangre, exclamó Francisco; pasaria todo un año sin probar un vaso tan siquiera de cerveza, con tal que pudiese forjar á cuatro manos sobre la espalda del *fanfarron*. El majadero! orgulloso! Con sus tontos caprichos perderá el honor de su hija: sin embargo él manda, y ella por su falta de juicio no merece otra cosa. Pero que hagan consumir de pesar á mi amigo Karel y que le empujen hácia su sepulcro... un muchacho fuerte como una encina, rico, ins'truido, y de un excelente corazon, que vale cien veces lo que el *fanfarron* y la coqueta de su hija, hé aquí lo que no puedo digerir. No deseo mal á nadie, pero si por casualidad Gansendonck se rompiera la cabeza, consideraria esta desgracia como un castigo del cielo.

—Tranquilizaos, Francisco; el castigo viene siempre, tarde ó temprano. Cuando la hormiga adquiere alas, no está lejos su muerte.

—No tantas amenazas, Francisco, dijo otro; el *fanfarron* ha dicho que te hará poner en la cárcel.

—¡Bah! temo tanto al *fanfarron*, como si solo estuviere pintado en la pared.

—Pero ¿no puedes convencer á Karel que debería dejarla correr con aquellos para quienes es buena?

—No hay unguento que pueda curarle; cuanto mas se le hace servir de blanco de la burla en el meson de *San Sebastian*, peor se vuelve; seguramente le han hecho creer allí que el gato pone huevos; en fin ha perdido el juicio. Ha perdido tambien el valor; cuando se le habla de este asunto, las lágrimas le vienen á los ojos, vuela la espalda, y adios amigos.

—¿Pero Jacobo no podrá hacer entender á su amo, que cuando una corneja quiere volar con las cigüeñas, cae en la mar y se ahoga?

—Amo y criado se sirven del mismo peine; dos sacos mojados no pueden secarse el uno al otro.

—Cállate, Francisco; héceme aquí, creo que viene á la herrería.

Efectivamente, Karel entró en ella y saludó á sus compañeros con risa forzada. Sin hablar palabra se acercó á la mesa de trabajar, dió vuelta al espigón del tornillo con semblante distraído, y fué cogiendo los útiles unos despues de otros, mientras que los demás jóvenes le contemplaban con curiosidad y compasión.

Seguramente un dolor sin tregua estaba consumiéndolo á Karel; en poco tiempo habia cambiado completamente. Su rostro se habia vuelto pálido, sus ojos sin brillo erraban á su alrededor ó se fijaban con insistencia en objetos insignificantes, sus mejillas habian tornado flacas y huecas. Todo en su postura revelaba la postración y la negligencia; su traje no era aseado como en otro tiempo, sus cabellos caian en desorden al rededor del cuello.

—Y bien, Karel, exclamó Francisco; entráis aquí como el sol, sin decir nada. Vaya, vaya, desprendeos de esos ruines pensamientos, y tened presente que mas valeis vos que los que os causan vuestros pesares. Echadle una cruz encima y bebed un buen vaso de cerveza; toda vuestra tristeza no dará un adarme de talento al *fanfarrón*! En cuanto á su hermosa hija, no hariais nunca de ella otra cosa que una...

Un estremecimiento y una mirada penetrante de Karel detuvieron la palabra en los labios del herrero.

—Sí, dijo éste; ya sé que en vuestra presencia yo se puede tocar este punto; os pareceis á aquellos malos enfermos que no quieren médico ó echan las medicinas por la ventana; pero no importa, hace demasiado tiempo que duran estos locos caprichos. ¿Sabeis lo que dice el *fanfarrón*? Que Lisa se casa dentro poco con el señor Van Bruinkasteel, ante la ley y la iglesia.

—Prefiero que se case con él que conmigo, dijo otro; será divertido ver una aldeana apartada del buen camino y apenas guardando memoria de su pasada virtud!

Karel dió un golpe en el torno con la mano convulsivamente cerrada, lanzó una mirada llena de amargura y cólera al que habia pronunciado estas palabras, y dijo con voz sofocada:

—¿Lisa? ¡Lisa es inocente y pura! ¡Hablais mal é injustamente!

Despues de estas pocas palabras, emprendió otra vez el camino, y se alejó á paso lento de la herrería, sin cuidarse de las voces de su amigo Francisco que aun le estaba llamando.

Cruzó la via y tomó un sendero que salia al campo. Mientras andaba, dirigíase á sí mismo de tiempo en tiempo algunas palabras: á veces se detenía dando patadas en el suelo; luego emprendía otra vez la marcha con paso mas rápido, alejándose siempre mas, cuando en el ángulo de un bosquecillo de abetos, oyó de súbito pronunciar su nombre.

Al volverse vió al criado de maese Gansendonck sentado en un declive del bosquecillo, con una botella en una mano, un pedazo de carne en la otra, y una escopeta al lado.

—¡Ah! Jacobo, exclamó el joven con alegría; ¿qué haceis aquí?

—Es por otro capricho de mi amo, respondió el criado. Desde que puede pasarse sin mí, me es preciso ponerme en camino, é irle á jugar alguna pieza al guarda-rural. Aquí me estoy, velando para que los árboles no se vayan.

—Vamos á dar una vuelta, dijo Karel con voz suplicante.

—Cabalmente he concluido mi comida, dijo el criado levantándose. ¡Veis, Karel, que hermosa escopeta! El gatillo está tan enmohecido que un caballo no le armaría, y el cañon hace la friolera de veinte años y tres meses que está cargado. ¡Tal amo tal criado!

—Vamos, Jacobo, dijo el cervecero al criado,

que marchaba junto á él; dadme una palabra de consuelo. ¿Cómo va por allá?

—Como una manzana podrida que no se sabe por donde empezarla á comer, Karel. Mal sesgo llevan las cosas: maese Pedro, lleno de alegría, no sabe lo que se hace, sueña en alta voz barones y castillos, y va hasta tres veces por día á casa del escribano.

—¿Por qué? ¿qué significa esto? preguntó Karel con emoción.

—Dice que Lisa va á casarse dentro poco con el señor Van Bruinkasteel.

El cervecero palideció y miró al criado con dolorosa sorpresa.

—Sí, prosiguió Jacobo; pero el joven baron nada sabe ni piensa en este asunto.

—¿Y Lisa?

—Lisa, tampoco.

—¡Ah! dijo Karel suspirando como si se hubiese desembarazado de un gran peso; Jacobo, me habeis hecho daño!

—Si yo me hallase en vuestro lugar, repuso Jacobo, quisiera ver claro en este asunto; cuando se deja crecer demasiado la mala yerba, acaba por ahogar la miés mas excelente. Vos no venis al meson de *San Sebastian* sino despues que el señor Bruinkasteel se ha ido; os quedais medio dia entero sentado cerca de Lisa, y con una tristeza capaz de conmover una piedra. Si Lisa os pregunta la causa de vuestra tristeza, decís que os hallais enfermo, y ella lo cree.

—Pero, Jacobo, ¿qué puedo hacer? A la menor palabra sobre este asunto, se pone á llorar. ¡Ah! no me comprende.

—Las lágrimas de mujer van muy baratas, Karel; poco fijaria la atencion en ellas: cegar un pozo despues que se ha ahogado en él el carnero, es hacerlo demasiado tarde. Un perro no permanece mucho tiempo amarrado con salchichas.

—¿Qué quereis decir? tartamudeó el joven espantado. ¿Sospechais de Lisa? ¿Temeis que ella...?

—Si supiese que un solo cabello de mi cabeza pensaba mal de Lisa, me lo arrancaria. Nó, nó, Lisa es inocente en todo esto. Solo que la pobre niña se figura que los requiebros y la lengua francesa no son mas que buenos modales. Y cuando, por cariño hácia vos, acoge al baron con frialdad, interviene maese Pedro y la obliga á mostrarse amable. El señor Van Bruinkasteel debe ser muy bueno, porque maese Pedro le echa Lisa á los brazos lo menos diez veces por semana.

—¿Cómo en los brazos? exclamó Karel con acento sombrío.

—¡Es este un cierto modo de hablar, prosiguió Jacobo; si no me comprendéis, tanto mejor!

—¿Qué debo hacer? ¿qué debo hacer? exclamó Karel con desesperacion y dando con el pié en el suelo.

—Lo que debeis hacer no se halla oculto bajo el suelo que golpeais, Karel. Si me hallase en lugar vuestro, iria derecho á mi objeto; vale mas un ladrillo roto que la casa arruinada.

—¿Qué quereis decir? por el amor de Dios hablad mas claro.

—Y bien, buscad una contienda al señor Victor que le obligue á batirse; esto naturalmente traerá un cambio, y comunmente cambiando, lo que nada vale, debe mejorar.

—¡Si me diese solamente un pretexto! exclamó Karel; pero lo que dice y hace está tan hábilmente calculado, que hay para reventar de despecho sin poderse vengar.

—Vaya, vaya, quien quiere encontrar, no tiene necesidad de buscar muy lejos. ¡Marchad sobre sus huellas, y precisamente debeis encontrar su pequeño pié metido en chinelas de terciopelo! De este modo pronto empezará la funcion.

—¡Ah! Jacobo, ¿qué diria Lisa? ¿debo comprometer su reputacion por medio de una agresion que se consideraria como una prueba de que yo tambien tengo formado mal concepto de ella?

—¡Pobre inocente! ¿creeis que el público no habla lo que quiere de Lisa? No hay especie de denuesto que no se diga de ella todos los dias. Todo se halla divulgado, y cada uno añade lo que le parece.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Lisa es inocente y se la acusa como culpable!

—Karel, no teneis ya sangre en el corazon; veis cada dia aumentar el mal, y doblais la cabeza como un niño impotente. Pensad que todo concurre á empujar á su perdicion á vuestra inocente amiga; el lenguaje seductor de Victor, el loco orgullo de su padre, y su propia inclinacion para cuanto viene de la ciudad. Nadie puede hacer nada para salvarla, sino vos... ángel de la guarda que os dormis mientras el demonio trabaja para extraviar esta alma querida! Gracias á vuestra temerosa y complaciente paciencia, abandonais á Lisa, sola á merced del peligro que la amenaza! Si por desgracia sucumbe, ¿de quién será la culpa? Vaya, ayudadnos que Dios os ayude; sed valeroso, cortad el nudo, mostraos hombre! ¿No dice el adagio: el lobo come las ovejas del pastor que conociendo el buen camino se aparta de él?

Karel no respondió sino al cabo de un momento de silencio.

—¡Ay! ¡ay! dijo suspirando; tengo miedo de todo! ¿Qué podré hacer? Sé que á la primera mirada de Lisa la última chispa de valor se extinguirá en mí: tengo el corazon enfermo, Jacobo, y debo sufrir mi triste suerte.

—Defendedla al menos contra los sangrientos ultrajes del baron.

—¿Los ultrajes? ¿la ha ultrajado?

—¿Sabeis lo que el señor Van Bruinkasteel decia antes de ayer chanceándose con sus compañeros, en presencia del cazador de Adolfo?

Se acercó Jacobo misteriosamente al cervecero, y le dijo algunas palabras al oido.

—¡Mientes! ¡mientes! exclamó Karel rechazando violentamente al criado; ¡no ha dicho esto!

—Como querais, Karel, murmuró Jacobo. Sea, yo miento, el cazador miente; esto no es verdad, esto no puede ser; el señor Van Bruinkasteel ama demasiado á Lisa para decir semejante cosa!

Karel se agarró al tronco de un tierno abeto; su pecho se levantaba violentamente; su respiracion espiraba en un lúgubre y gutural silbido; bajo sus cejas caidas centelleaban los ojos con fuego sombrío. Lo que el criado le habia dicho al oido debió haber hecho en su corazon una desastrosa herida, porque temblaba como una caña y rugia como un leon.

De repente dirigió con furia al criado su puño convulsivamente cerrado, y exclamó fuera de sí:

—¡Ah! ¿es un asesinato lo que tú me aconsejas, demonio?

Jacobo asustado dió algunos pasos atrás y tartamudeó:

—¡Ea! Karel, ¿es de broma ó nó que poneis tan mala cara? Ningun mal os he hecho. Si es que deseais que os vuelva las espaldas, no teneis mas que decirlo; con un adios, está concluido, y cada uno sigue su camino.

—¡Quédate! exclamó el cervecero.

—Siempre que abrais las manos, respondió Jacobo; no me gustan manos cerradas.

Karel bajó de nuevo los ojos y permaneció algun tiempo inmóvil, sin mirar al criado. En fin alzó la cabeza y preguntó con acento trémulo:

—Jacobo, Victor Van Bruinkasteel se encuentra á estas horas en el meson de *San Sebastian*?

—Sí, pero... sí, pero... exclamó el criado con angustia, Karel, no ireis allí; aunque me costase batirme con vos, os lo impediría, mientras me quedase un soplo de vida. No os comprendo: vos sois, como dice el adagio, ya prudente, ya loco, nunca como se debe ser. Iriais á hacer alguna cosa buena en el meson de *San Sebastian*; teneis la mirada como un toro furioso!

Sin cuidarse de estas palabras, Karel dió media vuelta, y se encaminó rápidamente en direccion de la casa de maese Gansendonck. El criado dejó caer la escopeta, y se precipitó delante del cervecero, deteniéndole á viva fuerza.

—¡Déjame ir! dijo Karel mientras Jacobo le miraba con dudosa sonrisa; quiero marcharme, y ya sabes bien que no puedes impedirmelo. ¿Por qué me fuerzas á hacerte daño?



¿Conocéis á la persona que representa este retrato? (Pág. 316, col. 1.ª)

Estas palabras pronunciadas con acento sosegado sorprendieron al criado; por lo mismo no soltó la presa y preguntó:

— ¿Prometeis no pasar de palabras?

— No haré mal á nadie, respondió el jóven cervecero.

— Entonces ¿qué vais á hacer?

— Seguir vuestro consejo, Jacobo; pedir cuenta de su proceder á todo el mundo, y decir francamente lo que siente mi corazón; pero no temais nada, Jacobo, tengo una madre.

— ¡Ah! habeis vuelto á la razon! Podriais manifestarla al gallo del campanario! No fingis, ¿no es verdad? Pues bien, vamos, os acompaño. Presentaos tranquilo y fuerte, Karel; quien habla alto, lleva la mitad de la partida ganada. Haced un poco de ruido enseñando los dientes, y decid de una vez la verdad á maese Pedro; el valor no le dará calentura. Dios sabe, si acosándole bien, él mismo no suplicará al baron que no pase mas el umbral de su puerta; y entonces, despues del dolor viene el placer. ¡Me parece ya estar viendo los músicos en el estrado!

Los dos seguian el sendero con paso mesurado; el criado hacia entrever al jóven una consoladora perspectiva, le animaba á mostrarse con toda la firmeza conveniente, y le aconsejaba que no se dejase vencer esta vez por las lágrimas de Lisa antes de haber alcanzado el fin que se proponia.

(Se continuará.)

EL MARISCAL CANROBERT.

En el momento en que los acontecimientos han puesto de relieve las grandes figuras militares, honor y gloria de la Francia, parece que deben llamar mas que nunca la atencion, y es preciso buscar en el pasado hechos que nos expliquen el presente y nos hagan esperar, para lo futuro, grandes cosas de los hombres que en Francia figuran á la cabeza del ejército.

Entre los generales distinguidos de la época presente, el mariscal Certain Canrobert ocupa un lugar preferente. Nacido en 1809, es toda-

via bastante jóven para poder prestar largos servicios. Discipulo de Saint-Cyr, no tardó en llegar al empleo de teniente y pasó al Africa en 1835. Empezó su campaña asistiendo á la expedicion de Mascara, despues á la toma de Hemcen y mas tarde al sitio de Constantina donde á mas de una condecoracion fué ascendido á capitán.

Africa es el semillero donde los militares franceses aprenden la terrible ciencia de su profesion y donde se acostumbran á las fatigas y á los peligros. Esta lucha casi incesante contra un enemigo incansable los hace valientes y hábiles al mismo tiempo; los oficiales franceses adquieren allí esa sangre fria y ese golpe de vista que deben hacerles invencibles.

El capitán Canrobert permaneció solamente dos años en Francia despues de su primer regreso de Argelia ocurrido en 1839. Volvió á Africa en 1841 y mandó en los destiladeros de Mouzaia un batallon de cazadores y despues el 64 de línea. A la cabeza de este regimiento sometió á Bou-Maza del que tanto se habló en Paris. Como jefe de este regimiento hizo algunas campañas distinguiéndose por su energia, por su valor y sangre fria.

Despues fué coronel de la legion extranjera y del 3.º de zuavos. Un hecho de armas de mucho mérito le valió en 1847 la cruz de comandante.

De vuelta á Francia abrazó el partido del príncipe Luis Napoleon, entonces presidente de la república, que pagó su adhesion nombrándole general de brigada y tomándolo por ayudante de campo. Durante este tiempo desempeñó un mando en Paris y se le encargó despues una mision en los departamentos.

En 1853 fué nombrado general de division. Cuando la guerra de Crimea el general Canrobert tomó el mando del primer cuerpo de ejército y asistió á la fatal campaña de la Dobruscha cuyas consecuencias fueron tan terribles; el cólera diezmo á los franceses sin que ningun esfuerzo humano bastase á contener los estragos de la epidemia. La victoria de Alma dió nuevo lustre al célebre general que debia elevar mucho mas su reputacion al poco tiempo. A pesar de haber sido herido en el brazo izquierdo por un casco de granada no quiso abandonar el campo de batalla.

A la muerte del mariscal Saint-Arnaud tomó

el mando en jefe del ejército por una orden enviada de antemano por el Emperador. El general Canrobert fué el que emprendió delante de Sebastopol las prodigiosas obras de circunvalacion de la plaza. Despues de las sangrientas batallas de Inkermann, de Balaclava y de Eupatoria, Canrobert proyectó un gran golpe de mano al cual lord Raglan no quiso asociarse. Entonces el general Canrobert entregó el mando en jefe al general Pelissier y volvió á tomar el del primer cuerpo.

Dos meses despues abandonó Crimea de donde salió con la gran cruz de la legion de honor. Al año siguiente fué nombrado mariscal de Francia y senador.

En la campaña de Italia el mariscal Canrobert ha mandado el tercer cuerpo de ejército; pero la corta duracion de la guerra y la posicion secundaria que le ha tocado ocupar en los hechos de armas ocurridos en el Piamonte y la Lombardia han sido causa de que el jóven mariscal no haya tenido ocasion de hacer brillar sus talentos militares.

FÓRMULAS.

Preparacion de los fuegos de Bengala.

Para los fuegos encarnados se toma:

Nitrato de estronciana seco.	40 partes.
Azufre.	13 "
Carbon de tilo.	2 "

Se reduce á polvo muy fino y se hace con todo una buena mezcla á la cual se añade:

Clorato de potasa.	5 partes.
--------------------	-----------

En esta última operacion se procede con cuidado para evitar que la mezcla se inflame.

Para el fuego verde se toma:

Nitrato de barita seco.	12 partes.
Azufre.	4 "
Clorato de potasa.	5 "

Se reduce á polvo cada uno de estos cuerpos y se mezcla el todo con precaucion.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

IMPRESA DEL DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.